

«Ya somos hijos de Dios»
Homilía en la Fiesta de Todos los Santos

Ap 7:2-4,9-14; 1 Jn 3:1-3; Mt 5:1-12a

Queridos Salesianos Cooperadores,

La fiesta de Todos los Santos es una fiesta hermosa porque nos habla de la fidelidad de Dios, ante todo, consigo mismo: Él quiere nuestra plenitud de vida y la concede a quienes se entregan a Él con fe, convicción y alegría como quien se entrega al Amor, el único digno de fe. Esta fiesta de Todos los Santos nos recuerda, por tanto, cuál es nuestra vocación cristiana y salesiana: nacimos del Amor, para ser amados y amar y así ser felices para siempre.

También se puede decir que hoy es un *día de la memoria* para todos nosotros. En primer lugar, *memoria del pasado*. De hecho, esta fiesta nos trae a la memoria los rostros amados que han llegado a la orilla definitiva de la vida, los rostros de quienes nos precedieron. Pero es también *memoria del futuro*, porque nos muestra de antemano lo que será de todos nosotros en el mundo de los resucitados cuando veamos a Dios «*cara a cara*». El pasado tiene rostros, los de los seres queridos que hoy recordamos con nostalgia y quizás con unas lágrimas por el amor que pudimos haber dado y no dimos; el futuro, en cambio, no tiene rostro, salvo el fugaz de los momentos de luz desbordante que nos han permitido, por así decirlo, entrever, por un momento, alguno de las maravillas que el Padre nos prepara.

El hecho de que el día siguiente a la fiesta de Todos los Santos se recuerde a los fieles difuntos significa que en nosotros se alternan la alegría y la tristeza, pero el recuerdo del amor de Dios manifestado en Cristo muerto y resucitado por nosotros, y el del amor de las personas que nos amaron y nos aman hace prevalecer la alegría y la esperanza. Y es así porque en el mundo definitivo, por fin, sabremos quiénes somos, en la plenitud de la verdad de nosotros mismos, y será una gran alegría. *“Qué gran amor nos ha dado el Padre, para ser Hijos de Dios, pues los somos ... y cuando lo veamos cara a cara seremos semejantes a Él”*.

Es verdaderamente muy hermoso y motivo de consuelo saber que una multitud de hermanos y hermanas nos acompañan, más allá de las barreras del tiempo y del espacio, incluso más allá del horrible foso cavado por la muerte. Todos los Santos es la fiesta de los afectos y de la familia, y no es casualidad que la liturgia coloque junto a ella la conmemoración de los difuntos: todos nuestros seres queridos, desconocidos para la mayoría y quizás incluso mediocres, pero acogidos por la infinita misericordia de Dios. .

La multitud innumerable del Apocalipsis significa que no podemos hipotecar la salvación: no nos corresponde a nosotros establecer listas, criterios, boletos de entrada y mucho menos juzgar. El contraste entre los fieles y el "mundo" existe y es fuerte: la frontera no está dada por una pertenencia jurídica, sino que pasa por el interior de los corazones y sólo el Señor la revelará. El criterio, en todo caso, lo dan las bienaventuranzas: con estas sencillas palabras debemos medir nuestro corazón, nuestra capacidad de "ver" y "reconocer" el amor. Un corazón puro, un espíritu pobre, una vida al servicio de la paz y de la justicia, la valentía de dar testimonio del amor hasta la muerte: estos son los 'santos' que nos preceden y acompañan en el

camino de la Iglesia, incluso sin honores. y fanfarria, estos son los modelos que nos ofrece la liturgia de hoy.

En la segunda lectura, tomada de la *primera carta de Juan*, se nos recuerda que este maravilloso plan de salvación no es otro que el gran amor con el que el Padre nos ha amado, tanto que no sólo nos llamamos Hijos suyos, sino que verdaderamente lo somos. Y aunque aún no se haya manifestado lo que seremos, pero 'sabemos' (porque hemos visto con los ojos de la fe) que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque lo 'veremos' tal como él es, en la gloria.

Mientras tanto, lo que se espera de nosotros es verificar nuestro ser hijos de Dios, desde ahora, asumiendo la *Carta Magna del Reino*, que presenta una inversión de la jerarquía de valores de este mundo, porque aquí son privilegiados los pobres de espíritu, los mansos, los puros de corazón, los que tienen hambre y sed de justicia, los que no se avergüenzan de dar testimonio de Jesús y de su Evangelio.

Las Bienaventuranzas son la 'carta constitucional' del reino de los cielos: para ser parte de él, es necesario entrar en una de las categorías enumeradas aquí. Por tanto, no son simples "consejos", sino la "ley" del evangelio. La montaña es una clara referencia a la otra montaña, el Sinaí, a la que Moisés subió para recibir las tablas de la ley de Dios.

Precisamente en la medida en que hacemos de las bienaventuranzas nuestro programa de vida, además de autenticarnos como hijos de Dios, nos convertimos en lo que estamos llamados a ser: "*la sal de la tierra*", "*la luz del mundo*".

Aquí están las dos imágenes utilizadas por Jesús para definir y caracterizar a sus discípulos. Ambas son imágenes muy elocuentes, y nos dicen que ser hijos de Dios y seguidores de Cristo no es tanto una cuestión de hacer sino de ser.

Pero veamos qué significa más concretamente "*ser sal de la tierra y luz del mundo*", para poder hacer de este pasaje evangélico un verdadero programa de vida y así, en primer lugar, recuperar el valor de la santidad ante la difusión de una vida mediocre; en segundo lugar, redescubrir el sentido de comunidad frente al creciente individualismo; en tercer lugar, experimentar la Belleza de Dios frente a las deslumbrantes pero falsas imágenes de belleza en boga.

En las Bienaventuranzas encontramos en efecto los rasgos que delinean la fisonomía del discípulo de Jesús, los que definen su identidad, los que lo hacen ser sal y luz.

La *sal de la tierra*, la esperanza del mundo, son quienes preservan los valores humanos y religiosos, que permiten que la tierra no se corrompa, que se preserve una reserva de humanidad.

La *sal de la tierra* también somos nosotros, cuando vivimos el espíritu de las Bienaventuranzas, cuando hacemos del Sermón de la Montaña nuestro identikit y nos posicionamos como una sociedad alternativa, de personas que, frente a una sociedad que favorece el éxito, lo efímero, lo temporal, el dinero, el goce, el poder, la venganza, el conflicto, la guerra, eligen la paz, el perdón, la misericordia, la generosidad, el espíritu de sacrificio, partiendo del círculo más cercano, que es el de la propia familia o de la comunidad, pero que se extiende a la dimensión social.

Jesús advierte, sin embargo, que es posible que la sal pierda su sabor, que sus discípulos no son auténticos, y no duda en señalar sus efectos desastrosos: «*No sirve más que para ser tirada y pisoteada por los hombres*». O somos discípulos con una clara identidad evangélica, por tanto, significativos y útiles para el mundo, o somos para ser desechados, para ser despreciados, somos infelices, no somos nada.

Igualmente somos *luz del mundo*, como Dios es luz, si vivimos las bienaventuranzas evangélicas, si aceptamos la responsabilidad pública, social que tenemos de dar testimonio de nuestra fe sin reducirla a un asunto privado.

Jesús quiere que sus discípulos hagan de las Bienaventuranzas un programa de vida: mansedumbre, pobreza, generosidad, misericordia, perdón, abandono en Dios, confianza, hacer a los demás lo que nos gustaría que nos hicieran a nosotros, estas son las obras evangélicas que hay que hacer brillar, aquellas que nos hacen convertirnos en “*sal*” y “*luz*”, aquellas que ayudan a crear esa sociedad alternativa que no permitirá que la humanidad se corrompa por completo, aquellas que nos transforman por la fuerza del amor.

Vosotros, queridos Salesianos Cooperadores, estáis llamados a ser felices y llenar este mundo de alegría, de esperanza y de futuro; estáis llamados a ser *luz y sal*; estáis llamados a una misión que se puede resumir en una palabra: ¡**santidad**! Ser luz, sal, significa ser santos.

Don Bosco, hablando a sus muchachos en el Oratorio de Valdocco, dijo: "Es fácil ser santo, hay una gran recompensa para quien se hace santo, hay que darse prisa en ser santos". Pues bien, en aquel pequeño y pobre Oratorio de Valdoco llegaron a ser santos don Bosco, Domenico Savio, su madre mamá Margarita, dos de sus sucesores (don Rua y don Rinaldi), su confesor y director espiritual don José Cafasso, tres de sus colaboradores don Luigi Guanella, don Luigi Orione, Don Leonardo Murialdo.

Parafraseando a Don Bosco, os diría que es fascinante ser santos, porque la santidad es luminosidad, es tensión espiritual, es esplendor, luz, alegría interior, equilibrio, claridad, amor llevado al extremo.

Que María Auxiliadora nos enseñe a ser verdaderos discípulos de Jesús, con la sabiduría del Evangelio, y a ser sal de la tierra, luz del mundo, reflejo de la santidad de Jesús y constructores del Reino.

Don Pascual Chávez V. SDB

Málaga

1º Novembre 2024